



rmbm.org



rmbm.org/rinconector/index.htm

Los ingratos



Pedro Simón

Murcia

Pedro Simón

<https://www.lecturalia.com/autor/1118/pedro-simon>

Escritor y periodista español, Pedro Simón nació en Madrid en 1971. Durante su trayectoria ha colaborado con medios como El correo de Zamora o Antena3 radio, antes de comenzar a trabajar para el diario El Mundo.



Simón dirige el curso de Periodismo Social de Unidad Editorial y gracias a sus artículos ha sido galardonado con premios como el Ortega Gasset en 2015.

En lo literario, ha publicado ensayos como Buenos días, tengo una exclusiva, que escribió en colaboración con el también periodista Rafael José Álvarez. Además de sus trabajos periodísticos, Simón ha publicado novelas como Peligro del derrumbe y Los ingratos, obra con la que resultó ganador del XXV Premio Primavera otorgado en el año 2021.

OBRA

Los ingratos, 2021

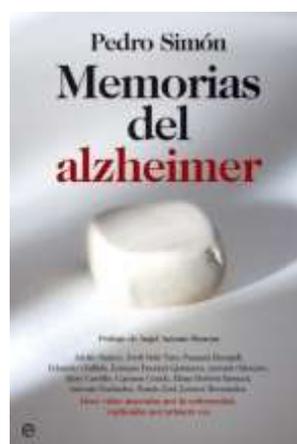
Crónicas bárbaras, 2019

Peligro de derrumbe, 2016

Memorias del alzheimer, 2012

La vida, un slalom, 2006

Buenos días, tengo una exclusiva: he sido asesinado, 2005



https://www.eldiario.es/cultura/ingratos-pedro-simon-premio-primavera-novela-cumple-25-anos_1_7234646.html

'LOS INGRATOS' DE PEDRO SIMÓN GANA EL PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA

El escritor y periodista gana este prestigioso galardón con "una crónica sentimental y familiar que narra los cambios de la sociedad española", en palabras del jurado

elDiarioes Cultura | 19 FEBRERO 2021

El jurado del Premio Primavera de Novela, presidido por Carme Riera y compuesto por Antonio Soler, Gervasio Posadas, Fernando Rodríguez Lafuente y Ana Rosa Semprún, ha apoyado Los ingratos por unanimidad. La novela de Pedro Simón (Madrid, 1971) cuenta una historia ambientada en la España de 1975 a través de los ojos de un niño.

Los ingratos es "una historia de los que somos los hijos de una generación un poco deslocalizada", ha explicado su autor durante el acto, una generación que "ha dicho poco la palabra gracias" a los que hicieron posible lo que son hoy. Esa gente que en la actualidad "se está yendo".

Pedro Simón, que trabaja en el diario El Mundo, ha asegurado que no se considera escritor sino periodista y ha señalado que esta obra no se parece en nada a su anterior novela.

El Primavera, convocado por la editorial Espasa y Ámbito Cultural de El Corte Inglés, cumplía 25 años y por este motivo en el acto del fallo del jurado se ha emitido un vídeo en el que escritores galardonados a lo largo de su historia han recordado lo que ha supuesto para ellos este reconocimiento. Desde Rosa Montero, la primera que lo recibió en 1997 con La hija del caníbal, hasta José María Pérez Peridis con El corazón con que vivo del pasado año, han celebrado la iniciativa.

En esta edición de 2021, el Premio Primavera de Novela ha recibido un total de 1.543 originales. España, que aporta 645 novelas, encabeza la lista de participantes, seguida de Argentina y México, con 225 y 122 originales respectivamente.

<https://www.telva.com/cultura/2021/04/13/6075498701a2f117048b45e7.html>

PEDRO SIMÓN, AUTOR DE 'LOS INGRATOS': "A MENUDO TE DAS CUENTA TARDE DE QUE DEBERÍAS HABER SIDO MÁS AGRADECIDO CON TU MADRE, CON TU ABUELA, CON LA SEÑORA QUE TE CUIDÓ DE NIÑO..."

Los ingratos, Premio Primavera de Novela 2021, huele a humo de leña, a siesta de verano y a un campo de manzanilla de Castilla. El periodista Pedro Simón propone un viaje a aquella España de los años 70 que viró rapidísimo del blanco y negro al color y del pueblo a la ciudad, sin caer en la cuenta de todo lo que dejaba atrás. "La novela habla de ese mundo rural que ha desaparecido y de la gratitud que debemos a esa generación, sobre todo de mujeres del campo, que hizo posible que hoy estemos aquí".

CÉSAR SUÁREZ | 14 ABRIL 2021

Dice Pedro Simón, periodista de El Mundo y ganador del Premio Primavera de Novela 2021 con Los ingratos, que según baja la cuesta que lleva a su pueblo ya se le va poniendo otro filo en el acento. Un amigo suyo va más allá y dice que se le llenan las uñas de roña como cuando era niño. El pueblo de Simón, "que no es el pueblo de la novela", aclara, es San Marcial del vino (Zamora).

En otoño del 2019, Simón se tomó una excedencia en el periódico para meterse de lleno en la escritura de esta novela. Recorrió en coche todos aquellos pueblos de Castilla ("la Vieja y la Mancha", dice) donde vivió con sus padres hasta los diez años. Su madre era maestra y su padre era un obrero de la Peugeot-Talbot "que se parecía a Luis Aragonés". Eran los años 70 (Simón nació en el 71). "Éramos esa España que todavía miraba sin cruzar. Esa que terminaría yéndose del campo a la ciudad, poco a poco, en un Simca 1200 o en un dos caballos...", se lee en la novela. Cada año o dos, la madre cambiaba de escuela y la familia se mudaba a otro pueblo.

"En este viaje -dice Simón- lo pasé mal porque fui a sitios que ya no existen, pregunté por gente que ya no estaba, y yo mismo de alguna manera ya no estaba tampoco. Allí donde yo recordaba una fuente, ahora hay un Carrefour. Es jodido. Pero todo esto me iba combustionando por dentro. A mí me pasa al escribir como eso que decía Tía Anica la Piriñaca, que al cantar la boca le sabía a sangre.

Hubo reencuentros, y de muchos de ellos salió la plastilina con la que modelé algunos de los personajes del libro. Pero el reencuentro más importante no lo culminé. De ese viaje me vine con un libro, pero sin nada más".

Los ingratos habla de un niño, David, hijo de la maestra del pueblo, en esa Castilla que ya empezaba a vaciarse hace 50 años, pero donde aún se reconocían los paisajes y las figuras humanas de las novelas de Delibes. David tiene una cuidadora analfabeta y sorda, Emérita, la "Eme", a quien enseña a leer y escribir. Ella, que había perdido a su hijo, encuentra a otro en el niño de la maestra.

"Yo me crié en el pueblo, en la calle, con la tribu, donde las vecinas eran un factor muy importante en la educación. Si la señora Manola te decía algo, valía como si te lo dijera tu padre. Como a mi madre le destinaban a un colegio distinto cada uno o dos años, íbamos cambiando de pueblo y yo me veía obligado a cambiar de amigos. Tenía un sentimiento de culpa porque mis amigos se quedaban y era yo el que me iba. Después, con los años, también he vuelto con un sentimiento de culpa...

La novela tiene mucho que ver conmigo porque toda ficción es autoficción. Supongo que *El fulgor y la sombra* o *Gran sol*, de Aldecoa, tienen que ver con él. Incluso *Drácula* tendrá que ver con Stoker. El niño protagonista, como yo, se deja abrazos sin dar y cosas sin decir a las generaciones anteriores, que para unos será una abuela, una madre, una vecina o una cuidadora. Quería hablar de aquellas mujeres rurales, menos visibles aún que las de la ciudad, que se quedaron en una zona gris y han pasado desapercibidas.

Para mí toda novela debe proponer un viaje al lector. Mi novela es ese viaje que muchos niños hicimos en años 70, y que tiene que ver con esa España rural atraída por el imán de lo urbano. Tiene que ver con el paso de la niñez a edad adulta, del desarrollismo al desarrollo, y tiene que ver con el descubrimiento del primer beso, del sexo, de los límites del pueblo (la madre no deja ir al niño más allá de los almedros), de esas zonas oscuras de los adultos, cuando descubres cosas que tus padres no te quieren contar.

La encrucijada es la relación del niño con su cuidadora, una señora analfabeta de la que el niño aprende lo más importante de la vida, aunque crea que es él quien le enseña a ella. Cuando vi Roma, de Cuarón, me di cuenta de que yo había conocido a muchas señoras así en los pueblos, esas mujeres rurales gracias a las que somos lo que somos.

El personaje de Emérita representa a aquellas mujeres que no estudiaron porque tuvieron que cuidar de padres y hermanos desde muy niñas, pero que tenían una inteligencia muy viva y un interés por la cultura. Algunas leían y escribían, con maravillosas faltas de ortografía. Muchas eran las únicas clientes del bibliobus en los pueblos de la meseta. Sus libros olían a chimenea, a lejía, a papel viejo, a humedad. Esa gente no tuvo oportunidad de formarse... Se dice que detrás de un hombre hay una gran mujer, pero es una gilipollez: la mujer está al lado o delante".

"En la novela hay una imagen real de una señora que nunca ha salido del pueblo, que ha trabajado como una mula toda su vida para que su hijo se vaya del pueblo y estudie fuera, y al final el hijo regresa del extranjero hecho un San Luis, en un cochazo, pero vuelve para el entierro de su madre y encima llega tarde.

Somos unos ingratos y estamos condenados a repetir la ingratitud con la generación anterior. Es la ingratitud de quien tiene mucha prisa llega por llegar a la ciudad porque lo quiere todo, y no mira a quién deja atrás. Ese viaje del campo, o de la provincia, al centro, no sé si lo hicimos gracias a ellas o por encima de ellas... enterrándolas. Me parece una monstruosidad que no nos hayamos parado a dar las gracias.

La madre, esa persona a la que siempre le dijimos nunca y nunca le dijimos siempre, porque ya se lo diré, porque queda cursi... Parece que hablar de los afectos es algo que nos jode el día y preferimos encapsularlos. Al final, con la experiencia, muchas veces cuando ya es demasiado tarde, te das cuenta de que tenías que haberle dicho algo a tu madre, a tu abuela, a aquella mujer que te cuidó de niño... Porque 30 años después no vale, cuando ni siquiera has sido capaz de volver para verla.

Mi viaje tiene que ver con una época en que España viraba del blanco y negro al sepia y al color muy rápido, en menos de 10 años. Lo hicimos en un coche lleno de humo, con las ventanillas cerradas y la música de un casete. Me recuerda a los pioneros americanos, y de algún modo tiene que ver con que ese sitio al que llegas (la ciudad) tampoco es tan maravilloso y empiezas a añorar lo de antes. Cuando mis padres llegaron a Madrid se empiezan a dar cuenta de que ellos también son todo lo que han dejado atrás.

Yo no idealizo lo rural, solo idealizo mi infancia y mis afectos. Igual que Madrid para mí es Carabanchel Alto y hasta los 17 años no me atrevo a pasar del Calderón, que era como estar ya en La Meca. El Madrid del centro no me interesaba nada. Ese magma del que estoy hecho tiene que ver con los pueblos, con la periferia de la ciudad, con la señora Manola tomando el fresco en la puerta de su casa, y hasta con una jeringuilla en el parque de mi barrio.

Cuando uno escribe baja a un trastero donde hay cajas con olores antiguos, sabores, fotos de la Primera Comunión... Escribir es un proceso de rescate de todas esas cosas que están en nuestra memoria. No evitamos bajar al trastero por pereza, sino por miedo a la tristeza, a volver a un mundo que ya no existe.

Uno es de ese lugar donde ha sido feliz y querría volver. No eres de Zamora, de Cuenca ni de Tordesillas. Y ese lugar es siempre la infancia, el paraíso perdido de toda la vida. Como es imposible volver allí y yo

soy un animal de sensaciones a mi pesar, resulta que no puedo ver fotos antiguas, ni un álbum de cromos...

Soy profundamente nostálgico. Es una putada. De joven eres lo que te queda por delante. Pero pasas los 40 y empiezas a ser todo lo que llevas detrás. Eso es una faena, sobre todo para los sentimentales, porque tiene que ver con las ausencias, con la muerte, con las oportunidades que quizá no vuelvan, con cosas que ya no vas a volver a hacer... Por eso los pueblos donde has pasado los mejores veranos, los mejores años de tu vida, deberían ser declarados santuarios de felicidad, y repensarlos de otro modo. Cuando voy a mis pueblos lo gozo y a la vez sufro mucho. Todo parece un cementerio, una cosa te recuerda a otra que ya no está, y en el fondo lo que significa es que también vas a morir tú. Te da pena, pero lo que sientes en el fondo es miedo.

Me obsesiona el miedo a la muerte, es una tara que no me quito. Me despierto a las 6 de la mañana y estoy pensando en la muerte. En la novela hay un personaje inspirado en mi tío Agustín, que era testigo de Jehová y esquizofrénico, y vivía con nosotros. Todos los días decía que el mundo se iba a acabar mañana. Yo tenía seis años y me pasaba el día llorando porque pensaba que todos íbamos a morir al día siguiente.

Mi infancia tiene que ver con Orzowei, con Ulises 31, con Vicky el vikingo, con Mazinger Z, con La conquista del Oeste, con Sandokan y las novelas de Salgari, las colecciones de cromos... En la ciudad, la ventana por la que te asomabas al mundo era un quiosco, que es el internet de hoy en día, pero en los pueblos esa ventana era la tienda de ultramarinos, con pescados en salazón colgados y barricas de judías y cereales que recordaban a los barriles de ron de La isla del tesoro.

En la ciudad, toda esa ensoñación se derrumba. Un amigo me dijo: Tu novela es la historia de una familia que vive en un pueblo y está condenada a acabar en la ciudad. No había otro modo de dar confort a los tuyos en aquellos años que ir a la ciudad.

Llegué a Madrid en 1981, con 10 años, y me di cuenta de que la ciudad era un sitio menos crudo que el campo, pero mucho más cruel. Pasé de jugar en campos de amapolas y manzanilla a hacerlo en un parque de tierra en Carabanchel Alto con jeringuillas. Fue un contraste salvaje. La heroína aún no había llegado a los pueblos. Recuerdo que con doce o trece años íbamos a entierros de amigos que habían muerto de sobredosis o de sida.

Hoy en día, los chavales pisan poco la calle. Aquella vida era más sencilla, porque los peligros eran más obvios, y por lo tanto más eludibles. El peligro en un pueblo era un pozo sin brocal, una laguna donde no te podías meter o un retrasado que te iba a dar una pedrada. Aunque el abusón de la clase te zurrara, cuando salías del colegio se olvidaba. Pero ahora ese abusón puede amargarte la a todas horas por las redes sociales.

"Somos como somos por la educación que nos han dado nuestros padres. Lo demás es accesorio. Tu infancia es el gran armazón que te prepara para la vida. Yo tenía que ser un tipo sociable a la fuerza, porque cada poco tiempo me veía obligado a hacer nuevos amigos. Eso me ha conformado como persona.

Todo lo que tiene que ver conmigo se lo debo a los pueblos. Tiene que ver con pensar que menos es más, con que no me gustan los focos, con huir del ruido, con que no tenga redes sociales... Para mí, Castilla tiene que ver con todo eso. Soy más hacia adentro que hacia afuera. Tengo un grado fuerte de empatía que a veces es una putada, pero no hay remedio, y eso tiene que ver con mis padres.

El mejor maestro de reporteros ha sido para mí un obrero de los años 70 que se parecía a Luis Aragonés, trabajaba en la Peugeot-Talbot y era mi padre. Un señor que me decía que cuando la gente está jodida no hay que pasar de largo. Mi padre era un hombre de izquierdas con un sentido sindical. Mi madre era de derechas, pero ambos me decían lo mismo: Si alguien necesita tu ayuda no puedes pasar de largo. Creo que el reportero tiene que tratar de contar las cosas para que los demás se paren al menos a mirar y no pasen de largo.

Antes tus referentes eran personas cercanas, que conocías en muchos casos de toda la vida. Pero ahora los referentes de los chavales son inasibles. Esta es la causa de muchos problemas: la autoestima, la construcción de la imagen propia..., todo es tan frágil. Hay que tener mucho cuidado con esta generación. Tengo dos hijos, de 16 y 13 años.

Cuando yo llegaba a casa con una brecha en la ceja no pasaba nada. O cuando un niño de 8 años, como el protagonista, se cagaba en los pantalones, se veía con naturalidad, cosa que ahora sería carne de psicólogo y Trankimazin.

Mis padres me enseñaron muchas cosas que hoy echo en falta, como por ejemplo la austeridad. No me refiero solo a la austeridad en lo económico. Para mí la austeridad es generosidad, porque educas a tus hijos para vivir bien con menos. Austeridad es también ser parco a la hora de manejar el infortunio. La gente de la que hablo era austera en lo económico y también ante la desgracia. Todo era más sencillo, se seguía adelante sin dramatizar. Ahora montamos fácilmente un melodrama. Yo me considero progresista, pero he tirado la toalla en asuntos que se han perdido, como el valor del esfuerzo. Y es imposible avanzar si no valoras el esfuerzo.

Tus padres te dan llaves para que tú de mayor puedas abrir puertas. Una llave poderosísima es la pasta, que te abre muchas puertas. Pero ya sabemos que el dinero no lo es todo. Si tus padres no tienen pasta la única llave posible es la educación. Así que lo más igualitario es que la escuela pública sea muy exigente, de manera que tanto los chavales que tienen dinero como los que no tengan las mismas oportunidades. Si convertimos la educación en una escuela de ositos de peluche, estamos haciendo un flaco favor a los que tienen menos recursos.

Me temo que nuestros hijos nos van a tratar con la misma ingratitud con la que nosotros hemos tratado a nuestros padres, porque la historia está condenada a repetirse. Nuestros hijos van a educar a sus hijos como nos educaron nuestros padres en los 70. La austeridad ya no va a ser una opción, porque no van a tener más remedio que vivir

con una basura de sueldos. Hoy en día, casi la mitad de la población entre 18 y 35 años no tiene trabajo. Eso significa que este país no tiene futuro.

Para mí, el nivel de un país se mide por cómo tratas a la gente que está mal y cómo tratas a la juventud. Por eso este país es un fracaso. Un chaval de 30 años con dos idiomas y dos carreras no encuentra trabajo. Eso significa que vive en un país que no sabe dónde va. Los que nacimos en los 70 y tenemos hijos adolescentes, o les educamos en la austeridad o lo van a pasar mal".



<https://www.elmundo.es/cultura/literatura/2021/04/07/606c9df2fdddf5d318b45ef.html>

ENTREVISTA

"EN ESTOS TIEMPOS INCIERTOS SERÍA CATASTRÓFICO QUE OLVIDÁRAMOS DE DÓNDE VENIMOS"

LUCÍA MÉNDEZ | 7 ABRIL 2021

Los ingratos se llama la estación más grande y luminosa a la que ha llegado Pedro Simón en su viaje de periodista a novelista. Su consagración literaria lleva nombre de galardón de muchas campanillas: el Premio Primavera de Novela 2021. Un libro hermoso y delicado que publica Espasa este miércoles y que habla de todo lo que merece la pena en la vida. Un homenaje profundo, sincero e íntimo al mundo rural que nos dio a luz y que cayó en el olvido y el abandono. Una exaltación de la memoria, la infancia, la familia y los afectos en lenguaje sencillo, complejo y brillante. Como el de un dictado de lujo.

«A ver cuándo creces, te señalan. Y cuando un día lo haces, tu padre y tu madre comienzan con las añoranzas de cuando eras pequeño () Y el barro y las rodillas con heridas y las faltas de ortografía y las vomitonas en el coche y ese perfecto desorden eran la felicidad».

Pág. 283.

David el Currete, protagonista de Los ingratos recuerda al Daniel El Mochuelo de El camino de Miguel Delibes.

Delibes está en todo, incluso hoy. Es un escritor muy importante para todos los que somos de Castilla la Vieja y tenemos un anclaje en el mundo rural.

Has definido tu novela como un viaje.

Narra un doble viaje. Un viaje vertical al trastero de cada uno para repasar los olores y los sabores y los viejos papeles de tu vida. Y el otro viaje más horizontal, del pueblo a la ciudad. Esa España sin cinturón de seguridad, en el 124, fumando con las ventanillas subidas. De la niñez a la edad adulta. De los primeros besos a los últimos abrazos que no llegamos a tiempo de dar.

¿Quiénes son los ingratos?

Los ingratos somos nosotros. Somos tú y yo. Ingratos con una cuidadora, con una madre, con una abuela Es una ingratitud generacional. La palabra «gracias» no la dijimos mucho, no. Fuimos ingratos con las mujeres de aquella época, era una sociedad matriarcal, pero nunca lo reconocimos como se debiera. Se habla mucho de esas mujeres urbanas que rompieron moldes, pero nunca de aquellas mujeres rurales que se quedaban a barrer los pedazos rotos. No tenían estudios, pero sí una inteligencia brutal. El viaje lo hicimos gracias a ellas, o encima de ellas, enterrándolas.

«Y te pienso, y me dueles. Me gusta mirarte cuando no te das cuenta, hijo. Cuando llueve fuera y tú estás ahí, embobado mirando a la tele esa que no sé qué te da, ni qué te dice. Todo en su sitio y como Dios manda, comiéndote el pan con chocolate que te he puesto».

Pág. 262.

La Emérita cuidadora es la sombra que recorre toda la novela, una mujer que dibujas con mucha ternura.

Cuando vi *Roma*, de Alfonso Cuarón, caí en que yo había conocido mujeres así. Recordé que esas mujeres existían y estaban para cuidar a los niños. Tenía la necesidad de dar las gracias a esa Emérita, o a las abuelas como la mía, de San Marcial del Vino, en Zamora: no pudo estudiar, pero con 90 años era la única clienta del bibliobús.

La ternura infantil y la inocencia conviven con la dureza, incomprensión y hostilidad del pueblo hacia las mujeres solas.

Esa sociedad era mucho más cruda, pero menos cruel. No obstante, el que tenía una tara era excluido: una persona con discapacidad era el tontito o el subnormal; una mujer sin hijos era sospechosa... Era importante recoger esa dureza para desalmibarar un poco el libro.

¿El niño de la novela eres tú?

Sí y no. Toda ficción es autoficción. Este libro tiene mucho que ver conmigo. Mi padre era un obrero y mi madre una maestra rural, íbamos donde a ella la destinaban. En los pueblos educaba la tribu, lo que te decía la señora María era tan importante como lo que te decía tu madre. Se sentaba a la puerta de la casa, era un encanto que tiene que ver con el Edén. Ahora es al revés, levantamos una empalizada en el felpudo de casa.

¿Idealizas aquel mundo?

Lo único que idealizo es la infancia. Y los afectos.

Las novelas que retratan la España rural de la que procedemos muchos de nosotros tienen éxito ahora. ¿Es que nos sentimos culpables de haberla abandonado y buscamos redimirnos en las páginas de los libros?

Me gusta eso. La redención de los pecados. En estos tiempos inciertos en los que no sabemos bien a dónde vamos, lo catastrófico sería que nos olvidáramos de dónde venimos. Y esto le pasa a mucha gente. Yo procuro que no se me olvide. Volver siempre es un dolor, porque al final vuelves a un cementerio, a sitios que ya no están, a felicidades

que no volverán. El mejor verano de tu vida siempre lo pasamos en un pueblo.

La novela es una reivindicación del pueblo y de la familia. ¿Hacer las paces con la familia es importante?

Mmm... Claro. Por uno mismo, hay que dar las gracias, ser educado y honrar a nuestros padres, que es lo que ellos nos enseñaron. No hay nada más importante. Hay que hacer el ejercicio de bajar al trastero y eso duele, mucha gente no está dispuesta a hacerlo. En esta sociedad no está bien visto mostrar debilidad.

Cada uno tenemos una motivación al escribir. ¿Para qué escribes tú?

Primero, para pagar facturas.

Anda, no «amueles». Y uso aquí una palabra de mi pueblo, cerca del tuyo, que me has recordado en la novela.

Escribo para que me lean, para rescatar cosas de la basura y del olvido. Escribir es bajar al trastero y ponerte a abrir cajas para repasar tu vida. Los apuntes de COU que no quiero tirar, una foto de tu padrino... Ponerte a escribir tiene que ver con la memoria de uno. No queremos bajar al trastero porque decimos que da pereza. Es mentira. Lo que te da es miedo. Y eso es lo que pasa cuando vas al pueblo de tu niñez.

No todo el mundo tiene el mérito y la capacidad de revisar el trastero con tanto éxito como tú.

Bueno éxito ya veremos.

La novela nace con un premio internacional debajo del brazo, nada menos.

Sí, sí. Estoy contento, aunque yo soy periodista.

¿Todos los periodistas quieren ser novelistas pero sólo algunos lo conseguís?

La mayoría de los periodistas no quieren ser novelistas, lo que quieren es ser tertulianos...

Dices que no nos basta con ser solo periodistas, queremos más.

Queremos opinar desde una atalaya. Lejos de la gente, pero sobre la gente. Desde ahí, bien arriba. Yo no olvido que lo poco que tengo en la vida lo tengo gracias al periodismo. Gracias a los reportajes que hago. Ser novelista no es un fin, yo no me considero novelista, he escrito un par de novelas, nada más. Eso no te convierte en escritor, para eso la gente tiene que quererte como escritor. Ojalá me quieran.

De momento te quieren los jurados de los premios.

Los premios te valen, sí. Pero las cosas buenas como las malas hay que rebajarlas, manejarlas. No somos lo que los demás dicen que somos, sino lo que sabemos que somos.

Por eso no estás en las redes sociales.

No tengo redes porque, de verdad, creo que me harían más vanidoso. Y yo, que me conozco mejor que nadie, me tengo que proteger. El halago me acabaría bloqueando. Y no pierdo el tiempo en lo que dicen de mí, ni bueno ni malo, sino en seguir construyéndome como persona. Con mis defectos y virtudes, intentar seguir creciendo un poquito cada mañana. Ser mejor tío. Intentarlo es la hostia.

El libro está escrito antes de la pandemia. ¿Cambiaste algo después?

La novela es un homenaje a lo que fuimos los niños de los 70. Pero, cuando llegó la pandemia, me di cuenta de que tenía mucho que ver con toda esa gente que se nos ha muerto sola, sin ver a sus hijos. Entonces borré 50 páginas y releí todo por enésima vez, pero sólo añadí una frase... Ojalá un libro como éste también pueda servir como duelo. Lo que más me gustaría es que el libro lo regalase la gente como una forma de decirle a la otra persona que la quieres, que aprecias todo lo que ha hecho. Es un libro que habla del amor, de la vida, de la muerte, de la ingratitud, de la niñez, de la vejez, de la culpa que nos metieron en la cabeza. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa...